

Funeral por don Francisco
Miércoles, 24 de marzo del 2004

Queridos hermanos, quiero, en primer lugar, agradecer a nuestras autoridades municipales que hayan querido compartir con nosotros este momento de oración.

No hace falta que diga que estamos aquí para rezar por D. Francisco, el primer obispo de nuestra Diócesis. Hace un mes nos consternaba, a muchos de nosotros en mitad de la noche, la noticia de su muerte. Hoy, un mes después, lo recordamos ante Dios. Todos los hombres recuerdan a aquellos que quieren y que mueren, pero nosotros los recordamos ante Dios. Y lo hacemos con fe y con esperanza, creyendo y esperando.

¿Qué creemos? - Creemos que Dios *“creó al hombre para la inmortalidad”*. Esta verdad que Dios ha revelado, como hemos escuchado en la primera lectura, concuerda con el deseo que se puede observar en el alma de todo hombre: el de una vida verdaderamente dichosa, enteramente feliz. Y es este un gran misterio, porque ¡es nuestra naturaleza tan pequeña! ¡tan frágil! ¡tan insignificante! Uno compara su vida con los siglos pasados y se da cuenta de que su vida es un momento insignificante en el transcurso de la historia. Uno contempla su persona en el conjunto del Universo infinito y se da cuenta de que es algo realmente pequeño. Y sin embargo, ¡cómo arde el corazón del hombre por una vida verdaderamente dichosa y eterna! ¡Cómo arde por el deseo de un amor que no acabe nunca! ¡Cómo arde con el deseo del amor de otra persona que sea perfecto y que dure para siempre!

Es realmente enigmático que algo tan frágil y tan poca cosa como es el hombre, albergue dentro de sí un deseo tan desproporcionado. Este hecho ha sido realmente algo oscuro para todos los hombres. Nosotros, cristianos, no somos más listos que todos los que han vivido antes que nosotros, ni mejores que ellos; sin embargo hemos recibido una luz, que ilumina el misterio de nuestra vida y de nuestra muerte. Esa luz es Cristo. Mirando a Cristo podemos entender el misterio que somos para nosotros mismos.

¿Qué vemos al mirar a Cristo? Vemos un hombre: nace de una mujer, de María, y necesita su cuidado y el de José, necesita el alimento y el descanso, trabaja, suda bajo el sol de Palestina, siente sed, le agrada y busca la compañía de los amigos, padece el miedo y la angustia ante la muerte y, finalmente, como nosotros, muere. Pero vemos más. Vemos, u oímos, que éste mismo Jesús, antes de acercarse el momento de su muerte, anuncia, ante la sorpresa de propios y extraños que él mismo se va a entregar a la muerte, que va a entregar su vida para que muchos vivan, y que, al tercer día, la recobraré de nuevo. A lo largo de las páginas del Evangelio, le escuchamos decir de diferentes formas que él tiene poder para dar al hombre la vida eterna. No es de extrañar, y así lo cuentan los evangelistas, que sus familiares, en una ocasión en que enseñaba rodeado de gente, fuesen a hacerse cargo de él y llevárselo, porque, según decían, *“está fuera de sí”*, es decir, loco. No es de extrañar que los judíos entendiesen que se tenía por Dios y que por esta blasfemia buscasen su muerte; no es de extrañar que en cierta ocasión muchos de sus propios discípulos, que le había visto hacer muchos milagros se alejasen y se fuesen de su lado diciendo: *“Estas palabras, ¿quién las puede entender?”*.

Sin embargo, aquel al que unos consideraban un lunático y otros tuvieron por blasfemo y maldito de Dios, al tercer día no estaba en el sepulcro, tal como lo había anunciado; al tercer día se apareció vivo a los suyos, a los que le habían visto destrozado en la cruz, a los que le habían visto ya frío en la tumba. Vivo, realmente vivo, con su cuerpo

humano, con su corazón y su alma humana, vivo para Dios y para siempre. Un hombre vivo tras la muerte, sin relación ya con la muerte, que ya no puede morir, cuyo amor ha vencido la frialdad y la oscuridad del sepulcro.

Cristo, el Hijo Eterno de Dios hecho verdadero hombre, muerto libremente por amor nuestro y resucitado para siempre a la vida de Dios, Él es el hombre. Él es la luz que hace entender el deseo que llevamos dentro. ***Fuimos creado por él y para él.*** Él es nuestro destino, su compañía eterna es aquella por la que nuestra alma suspira. Su amor gratuito que se entregó por nosotros; su amor poderoso, más fuerte que la muerte, es el que necesitamos. El que resucita no es un loco, ni un maldito, sino el que nos da la vida inmortal, la vida de Dios. Y es él quién ha dicho antes de la cruz: ***“Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros”.***

Así pues, creemos y esperamos, creemos que Cristo resucitó al tercer día, el primero de todos, creemos en la vida eterna y esperamos esta vida para todos los que creen en su nombre. Y esperamos esta vida dichosa para nosotros, que creemos en él y en sus palabras, lo esperamos y lo deseamos y le decimos con las palabras del salmo: ***“Mi alma tiene sed de ti”.***

Ahora bien, ¿en qué consiste esta vida que esperamos? Consiste en una unión personal de amor. ¿No es acaso el amor lo que en este mundo más nos llena de dicha? ¿No es el amor de los padres el que sostiene nuestra vida cuando somos niños? ¿No es el amor a los hijos el que nos empuja a construir un mundo mejor? ¿No es el cariño de los amigos el que nos sostiene ante las adversidades? ¿no es el amor de nuestro esposo o esposa el que más nos deleita? Pues este amor humano, tan bueno, tan dulce, tan necesario, es sólo una sombra del amor humano y divino de Cristo. El mismo matrimonio cristiano es un sacramento de este amor de Cristo, este amor para el que fuimos pensados, diseñados y creados. Y quiero repetir que la vida eterna que esperamos y deseamos consiste en una unión personal de amor.

Personal indica que esta unión será única y singular con cada uno. Por eso el corazón de Cristo fue virgen, para amar con exclusividad a todos. No es de extrañar la expresión de san Pablo: ***“deseo partir y estar con Cristo, que es con mucho, lo mejor”.***

Sin embargo, deseo subrayar un aspecto del amor. Ese aspecto es el de la libertad. No existe amor sin libertad. Los que estáis casados recordaréis que se os preguntó en la boda, antes de que pronunciaseis las palabras del consentimiento: ***“¿Venís a contraer matrimonio, sin ser coaccionados, libre y voluntariamente?”.*** Y vosotros tuvisteis que responder: ***“Sí, venimos libremente”.*** No hay amor sin libertad. Por eso Dios nos dotó de razón y de voluntad, facultades que nos hacen libres, que nos hacen capaces de amor, capaces de Dios. El amor de Dios, el amor de Cristo que esperamos gozar no consiste en un amor semejante al que nosotros sentimos por una mascota, donde nunca puede haber una correspondencia adecuada de amor. El amor que esperamos es semejante al de un esposo y su esposa que ambos se dan y se reciben libremente.

Y la libertad que Dios nos ha dado, creándonos a su imagen, significa que, al mirar la cruz de Cristo, que es el gesto más expresivo de su amor definitivo y total por nosotros, podemos abrazarnos a ese amor o rechazarlo. Y es posible rechazar este amor, por bello que sea, por gratuito que sea, por grande, por inmerecido, por generoso, ... siempre nos será posible rechazarlo. Sobre todo, porque esta libertad del amor pide, por su propia naturaleza, que sea correspondido. El que experimenta la belleza y la grandeza de este amor, dice con el salmo: ***“Cómo pagaré al Señor, todo el bien que me ha hecho?”.*** Y desearía ofrecerle la propia vida. Y así es: la ofrenda de este amor exige el sacrificio de la propia vida, como el

amor de Cristo le llevó al sacrificio de la propia vida. Por eso él dirá: ***“Quién quiera venir conmigo, que tome su cruz y me siga”***. No es posible amar con las ideas: nosotros recibimos el amor de Cristo con la entrega completa de su persona, y no podemos responderle sino de igual modo.

En consecuencia, si por el motivo que sea, rechazamos su amor, rechazamos la vida para siempre. La Iglesia nunca ha dicho de nadie, ni del mismo Judas, ni del más grande de los herejes o de los perseguidores de la Iglesia o del más grande de los homicidas, que esté en el infierno. Pero tal posibilidad existe. Y debemos saber que nuestra vida, la entrega o no de nuestra vida, tal como aparece hoy en el Evangelio, tiene consecuencia eternas.

También como consecuencia de esta vida de unión de amor perfecto que esperamos, es necesario entender que la Iglesia haya enseñado desde siempre, que nuestro pobre y pequeño amor haya de ser, en casi todos los hombres, purificado después de morir, antes de empezar a gozar del todo del amor de Cristo. Esta es la doctrina del purgatorio.

Y este es, precisamente, el sentido que tiene que celebremos un funeral: sea por nuestro obispo, sea por nuestros padres, o por nuestros amigos. Lo que hacemos aquí, en este funeral, como en todos, es ofrecer el sacrificio del amor de Cristo nuestro obispo, sabiendo que este amor de Cristo es purificador y eficaz, por la fuerza misma del amor que tiende a hacer puras y perfectas todas las cosas.

Si eliminásemos, en la Iglesia Católica, esta doctrina, acerca del Cielo, del Infierno y del Purgatorio, cosa que, por otro lado no podemos hacer, ni nosotros ni el papa de Roma, porque es doctrina revelada por Dios y definida dogmáticamente, tendríamos que renunciar al amor de Dios, porque renunciaríamos a la libertad verdadera.

La condenación eterna es una terrible posibilidad, que Dios no quiere para nadie, al contrario, san Pablo dice expresamente: ***“Dios quiere que todos los hombres se salven”***, pero es una posibilidad real, si no abrazamos el amor que gratuitamente Cristo ofrece a todos.

Y la purificación después de nuestra muerte, es una realidad que está rodeada por el misterio del amor de Dios, que purifica, hasta hacer totalmente digno de su amor, el amor humano.

Y el amor perfecto y eterno de Cristo es el que, aunque sea con la ayuda del purgatorio, esperamos y deseamos. Hoy, por deber y por caridad, ofrecemos el cuerpo y la sangre de Cristo por don Francisco. Y aunque muchos, que lo conocieron de cerca, tienen la convicción moral de que ya goza de la compañía de su Señor, unos y otros cumplimos con el deber de interceder por él, para que llegado a la compañía de Cristo, antes o después, interceda también él por nosotros, en este vínculo de amor que Cristo ha creado entre nosotros, que va más allá de la muerte, y que llamamos “la comunión de los santos”. Y al tiempo, los que aún peregrinamos y esperamos, escuchamos con toda urgencia la llamada del amor de Cristo a responderle de una forma adecuada: ***“Os aseguro, que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis humildes, conmigo lo hicisteis”***.

Como veréis no he hecho referencias a la vida de don Francisco, hay entre nosotros quienes lo conocían mucho mejor que yo, que crecieron desde niños cerca de él, que descubrieron la vocación al sacerdocio a su lado y que hoy son sacerdotes, en parte por él.

He querido animaros a la oración verdadera y a responder también nosotros al amor personal de Cristo. Sin embargo no puedo menos, para que ante el tribunal de Cristo conste en su haber y para que a nosotros nos sirva de estímulo, no puedo menos que mencionar ahora el interés y el esfuerzo de D. Francisco por hacer crecer la Iglesia en Parla. Él creó 3 de las cinco parroquias que existen hoy, proyectaba la construcción de un nuevo templo para la parroquia de san Bernardo y la creación de dos nuevas parroquias en Parla Este. Unos días antes de morir se reunía con los sacerdotes y con el alcalde, con los concejales que forman el equipo de gobierno y con los concejales de la oposición. Quiero recordar su último esfuerzo por el bien de nuestro pueblo, y el compromiso firme que recibió del alcalde: la concesión de tres terrenos; uno en el Leguario Norte para la construcción del templo de la parroquia ya existente de san Bernardo. Y dos en Parla Este para dos nuevas parroquias, que atiendan a las cerca de 38000 personas que se espera vivan allí.

Santa María, abogada e intercesora nuestra,
virgen de los Dolores y Madre asunta al cielo,
presenta junto con el sacrificio de tu hijo Jesús,
los méritos de quién él eligió para el ministerio episcopal,
de modo que pueda gozar de la herencia de los santos. Amén

Enrique Santayana